

# Don Pedro Laín Entralgo, *in memoriam*

EMILI BALAGUER PERIGÜELL (\*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 509-514]

El cinco de junio del 2001, fallecía en Madrid, tras una prolongada y fecunda vida, el que fue, de alguna manera, el maestro de todos los historiadores de la medicina españoles: el profesor Pedro Laín Entralgo.

Todos los medios de comunicación se ocuparon entonces de lo que la vida y obra de Laín han significado, en España y fuera de ella, a lo largo de la última mitad del siglo XX: el Luis Vives de nuestra época, se llegó a decir en un hiperbólico afán panegirista, por quienes no habían mostrado precisamente su solidaridad en momentos difíciles. Sin embargo, la persona más allegada a D. Pedro, su «alter ego» como él le solía llamar cariñosamente al Profesor Agustín Albarracín, también fallecido recientemente, planteaba más sosegadamente al referirse al maestro que «la multiplicidad de sus talentos, su varia dedicación a todos los ámbitos científicos y culturales de nuestro pasado y nuestro presente, su constante preocupación por el hombre, por el problema de la convivencia en España y por el tema de Dios, en los cuales ofreció siempre, no sin dolor ni lucha, su deseo de superación, de esperanza y concordia, obligarán sin duda, durante mucho tiempo, a estudiar y comentar su obra».

Pedro Laín Entralgo nació en Urrea de Gaén (Teruel) en 1908. Se doctoró en Medicina y se licenció en Ciencias Químicas en Valencia, Zaragoza y Madrid. Su formación enciclopédica le permitió abanderar

---

(\*) Catedrático de Historia de la Ciencia. Universidad Miguel Hernández. Apdo. Correos 18. 03550 San Juan - Alicante. E-mail: emilio.balaguer@umh.es

desde los años 60 ese ente que se dio en llamar «la intelectualidad española»; casi todos ellos pertenecientes a la «generación de la guerra» (nacidos alrededor de 1900 que tuvieron un destacado protagonismo en la contienda civil española de 1936) pero con un profundo sentimiento de vinculación intelectual con la «generación del 98» (miembros de la clase media nacidos entre 1860 y 1875, que mantendrán una actitud crítica y regeneracionista ante los problemas políticos, sociales, científicos y culturales de España). De pasado falangista, comenzó una crítica desafección al «régimen» dimitiendo de su cargo de rector de la Universidad de Madrid en 1956 en protesta por la expulsión de tres catedráticos no adictos al franquismo. En sus memorias, *Descargo de conciencia* (1976), recuerda su biografía calificando su etapa de camisa azul y franquista como «el más flagrante y revisado de todos mis errores políticos». Desde ahí comenzó una trayectoria política que giró hacia el liberalismo. Tuvo la honradez y valentía de atreverse a abandonar el régimen de Franco y pasar a la oposición en un momento nada cómodo. Laín lo fue todo: tres veces académico, de la Nacional de Medicina (1946), de la Real Academia Española (1953) y director de la misma entre 1982 y 1987, y de la Real Academia de la Historia (1964); Premio Montaigne (1976) por su aportación a la cultura europea; Gran Cruz de Alfonso X (1978); premios Príncipe de Asturias (1989), Menéndez Pelayo (1991), Jovellanos (1999); Doctor «Honoris causa» por la mayoría de las universidades españolas y muchas americanas y europeas, etc.

Toda la producción del Laín historiador tiene un común denominador: «Hacer del conocimiento histórico presupuesto del conocimiento sistemático». Por lo demás, su obra más voluminosa se centró en dos proyectos: la Historia de la Medicina y el «problema de España». En la década de los cuarenta se preguntaba si «era posible una cultura a la vez católica, nacional y creadora. Éste era el problema de España, y con él se enfrentó ... don Marcelino» (*Sobre la cultura española*, Madrid, 1943). Eso explica la importancia de la biografía de *Menéndez Pelayo* (Madrid, 1944) en la trayectoria intelectual de Laín. En esta misma línea están también sus *Estudios y apuntes sobre Ramón y Cajal*, el libro sobre *La Generación del 98* (Madrid, 1945) y el breve pero denso estudio sobre *El problema de España en el siglo XIX*, que posiblemente sea una de las mejores exposiciones sobre la «polémica de la ciencia española».

Al término de esta etapa publica *España como problema* (Madrid, 1949), donde resume sus conclusiones en una «efectiva voluntad de integración nacional». Lo que sigue preocupando a Laín es «la dramática inhabilidad de los españoles, desde hace siglo y medio, para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social»; y este problema, es decir, el de la convivencia civil, le llevará a una preocupación creciente antropológica que, manifiesta ya en su estudio sobre *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada* (Madrid, 1946), culminará en dos monografías con objetivos teóricos de gran ambición: *La espera y la esperanza* (Madrid, 1957) y *Teoría y realidad del otro* (Madrid, 1961). Un estudio histórico y sistemático del esperar humano y una indagación minuciosa del tema del «otro» mediante un análisis del «encuentro». El «problema del Otro», más allá del concepto de prójimo, es una vieja cuestión desde la filosofía griega hasta la actualidad; y el modo como Laín ha examinado las varias formas básicas del «tratamiento del Otro» indica cómo se hallan entretejidas toda suerte de cuestiones filosóficas, metafísicas, gnoseológicas, éticas, etc.. Por otra parte el vocablo «encuentro», aparece como muy fundamental y en él se ha basado en gran parte Laín Entralgo en su detallada «teoría del Otro». Laín ha examinado lo que ha llamado «los supuestos del encuentro» en varios aspectos: el metafísico, el psicofisiológico, el histórico-social, considerando todos ellos como básicos para la comprensión del problema del otro. El análisis de esos supuestos constituye el fundamento para una «descripción del encuentro» y para un estudio de las «formas de encuentro»: el «encuentro en la existencia solitaria»; las «formas deficientes del encuentro» (por ejemplo, el meramente sensorial); las «formas especiales de encuentro» (amor, comunicación, relación interpersonal, etc.); y la llamada «forma suprema de encuentro» o «el encuentro del hombre con Dios».

Si ha sido considerada importante su aportación al estudio de la cultura española y en el campo de la antropología filosófica, no fue menor su obra de historiador de la medicina. Con Laín se inicia en España la institucionalización de la Historia de la Medicina. Su idea sobre esta disciplina (en el sentido que dio Luis Vives a este término) médica, la esbozó programáticamente en 1941 en su libro *Medicina e Historia*, que tuvo gran difusión en el contexto centroeuropeo de la época, donde la disciplina había adquirido un mayor nivel de

institucionalización. Allí expone las directrices metodológicas de su obra y los supuestos fundamentales que ratificó básicamente en 1992 en un artículo publicado en *Arbor* con el título de «Para qué la historia de la ciencia». Podemos resumir en tres momentos, íntimamente relacionados, lo que aporta el conocimiento de la historia de la medicina según lo postula Laín: «... el conocimiento de cómo en el curso del tiempo se ha construido un saber científico, otorga a éste una consistencia mayor»; en segundo lugar, siempre que «la validez del saber histórico» no sea esclava de la mentalidad historicista, proporciona claridad; y por último, para un científico bien nacido, el conocimiento de cómo en el tiempo se ha ido forjando su saber le otorga dignidad ética. Laín no se conforma con un saber histórico exclusivamente positivista y rechaza con energía la utilización de la investigación histórica como pretexto al servicio de intereses apriorísticos, tan frecuente en aquellos momentos. Su ambicioso objetivo final podría alcanzarse no sólo con una rigurosa formación técnica en el oficio de historiador, sino con una amplia formación humanística como él poseía.

Desde el punto de vista de la temática central de sus investigaciones histórico-médicas pueden distinguirse dos etapas. Durante la primera, hasta 1960 aproximadamente, sus estudios han estado principalmente consagrados al saber médico, mientras atendía ocasionalmente a la práctica médica. Esta preferencia correspondió no sólo al contenido de estudios monográficos, sino incluso al enfoque de sus exposiciones de tipo general como la *Historia de la Medicina moderna y contemporánea* (1954). En 1949, en su artículo «Conceptos fundamentales para una historia de la anatomía», expone la forma en que pensaba abordar este tipo de análisis; su enfoque significa una novedad de primera importancia: la distinción entre los datos o «contenido» (único aspecto considerado por los historiadores anteriores) y su «estilo», es decir, la forma de saber y exponer los hechos morfológicos, de suerte que dos textos anatómicos pueden ser idénticos en lo referente al contenido, pero radicalmente distintos según se postule una concepción del cuerpo humano estática, funcional o evolutiva. Para analizar el estilo recurre a una serie de conceptos fundamentales similares a los utilizados por los historiadores del arte. En 1951 publicó un extenso artículo sobre la anatomía de Vesalio, en el que resultaba patente la eficacia de este método. Algo parecido puede decirse de sus trabajos relativos a la

historia de las teorías estequiológicas, materia a la que consagró monografías acerca de las doctrinas de Bichat y de Ramón y Cajal.

La historia de la Fisiología experimentó en sus manos una renovación metodológica paralela a la de la Anatomía. En 1947 dio a luz el trabajo titulado «Fisiología antigua y Fisiología moderna», en el que sentaba los fundamentos de una delimitación precisa entre ambas por medio de un análisis de sus fundamentos o supuestos básicos. Las divergentes concepciones de «naturaleza», «causa», «movimiento» y «conocimiento científico» explican el carácter intuitivo y esencialista de la antigua y el atenimiento de la moderna a la medición e interrelación de datos. En 1947 apareció su libro sobre Claude Bernard y en 1948 el dedicado a Harvey, brillantes aportaciones de este abordaje.

De las monografías y artículos en que se ocupó de aspectos históricos de la Patología, en este primer periodo, destacan la *Introducción al estudio de la patología psicosomática* (1950), y *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico* (1950), monumental trabajo traducido a cinco idiomas.

La transición entre las dos etapas de su obra la llena una serie de trabajos sobre la historia de la Terapéutica, entre los que cabe destacar una de las mejores monografías de Laín: *La curación por la palabra en la Antigüedad Clásica* (1958).

En 1962, en el libro homenaje a Marañón, apareció su estudio «La asistencia médica en la obra de Platón» que abría un capítulo nuevo en la historia social de la medicina mediante un manejo original de las fuentes no médicas. Este fue el inicio de sus estudios sobre la práctica médica, cuyo máximo exponente fue el libro *La relación médico-enfermo. Historia y teoría* (1964). Muchos de los elementos analizados en esta monografía y en *La historia clínica* aparecieron más tarde en *El diagnóstico médico. Historia y teoría* (1982), pero ahora el objetivo pretendía alcanzar un viejo proyecto de juventud: el ofrecer un análisis histórico y sistemático de los grandes problemas (al principio científico-antropológicos, ahora también sociales) de la medicina. En *La medicina hipocrática* (1970) y *La medicina actual* (1973) ya se vislumbra esa intención, claramente explícita en *El cuerpo humano. Oriente y Grecia Antigua* (1987) y *El cuerpo humano. Teoría actual* (1989). En este periodo se

ocupó también en la producción de obras de síntesis como la *Historia de la Medicina* (1977), con un intento nuevo de periodización; la *Antropología médica* (1984), *Ciencia, técnica y medicina* (1986), *Alma, cuerpo, persona* (1995), etc.

El prestigio de la obra de Laín Entralgo y sus discípulos, hizo posible que entre 1969 y 1975 se publicara en España bajo su dirección una *Historia Universal de la Medicina* en siete volúmenes que, aunque desigual, como suele ocurrir en este tipo de obras, contó con la participación de ciento veintisiete autores pertenecientes a diecisiete países.

En uno de sus últimos libros, *Hacia la recta final* (1990), afirma:

«dije en el primer capítulo de este libro que el recuerdo y la revisión son deberes de la vejez. Y ampliando la ética marañoniana de la senectud (la adaptación deber primordial del viejo), añadí que, si su cuerpo se lo permite, el viejo debe proseguir la ejecución de algo que hizo, e incluso, si tanta es su osadía, iniciar la ejecución de algo nuevo. Este es precisamente mi problema. Además de aprender lo que me enseñan las novedades que en lo mío vayan viniendo, y en primer término las que en torno a mí vayan alumbrando quienes llamándose asimismo discípulos son ya maestros míos, ¿en qué temas emplearé mis fuerzas restantes? Varias propuestas se levantan dentro de mí: continuar con la historia del conocimiento del cuerpo humano en que hace varios años estoy metido; ... con una exploración de cómo los artistas plásticos y los literatos del siglo XX han visto la realidad de nuestro cuerpo; desarrollar en la línea de lo mucho que recientemente se ha dicho sobre la noción de estructura...».

Como vemos, su proyecto final fue de historia y más en concreto de historia de la medicina, a la que había dedicado la mayor parte de su actividad intelectual. Para Laín, la historia no debe entenderse únicamente como profesión, ni siquiera como pura actividad intelectual, porque como ya había confesado en 1994 en su *Esperanza en tiempo de crisis*: «El saber histórico es un recuerdo al servicio de la esperanza».